

"Más Afuera"*

Carlos Tapia **

Acaso por tratarse de un libro primerizo,¹ el relato arranca con cierta dificultad: «*Altos cerros de rojiza lava estratificada parecían prontos a derrumbarse sobre las casuchas, tan insignificantes, agazapadas en la desolación de un mundo roqueño, áspero, taciturno*» (p.15). El ejercicio paisajístico, uno de los códigos del contrato realista, pareciera acomodar poco a González Rojas. Por formación y personalidad, el hombre es austero. Eternamente trajeado de negro, el signo vestimentario delata la sobriedad que lo caracterizara durante toda su vida. Ambas virtudes, finalmente, terminarán por dominar la factura de la novela, de lo que resulta un texto construido con sorprendente agilidad y rigor escritural.

El narrador, siempre instalado en su omnisciente distancia, elabora con pericia la textura de la historia: las andaduras varían, se trabaja cuidando los equilibrios cuando las pesadas aglomeraciones de adjetivos se hacen inevitables. Alguna filigrana conjuncional juega a apurar con éxito los tiempos inmóviles de los prisioneros: «*Así toda la tarde: lenta, tediosa, abrumadora. Y en*

seguida, otra vez la noche, y las canciones de Endeiza y de Bartolo, y las partidas de brisca, y las charlas deshilvanadas sobre las cosas de siempre. Y, a las nueve en punto, nuevamente la campana de la Tenencia llamando ahora al silencio, a la quietud. Un encogimiento de hombros, un bostezo y a dormir. Un día más... (p.17).

En la colonia penal de Más Afuera, «los comunes», van y vienen por los pasajes del doble laberinto que habitan: la prisión y la isla. La travesía de la noche es un momento particular de ese tiempo aparentemente inmovilizado e impone permanente desafío al narrador: la grandiosidad del espectáculo reside en su miseria. Negociar el tono justo no es una cuestión menor. La solución de facilidad -el panfleto- está a la mano. Sobre todo para un político que sufre, al igual que los «comunes», el doble estigma de la prisión y el destierro. Eugenio González elige, sin embargo, el camino opuesto. Sin concesiones al ensayismo ideologizante hace transitar el relato por los recovecos de la miseria y del horror. Estilísticamente el trabajo es por momentos admirable. Por ejemplo,

* Eugenio González Rojas (1903-1976) *Más Afuera*. Santiago de Chile: LOM ediciones, 1997. Colección Clásicos de la Novela Social Chilena. Prólogo Darío Osses. (1ª edición, 1930). 107 páginas.

** Magister en Literatura, miembro del P.S.

¹ Eugenio González publicó además *Hombres* (1935), *Noche* (1942), *Destinos* (1940)

cuando ataca el registro dialógico e instala en el escenario al Camañiñi, al «Chute», al Nato Japón, a ratas y tosidos de tuberculoso, «al hosco viento».

Junto a ellos, una treintena de personajes desfilará por los catorce capítulos que componen el relato. Si bien no hay un protagonista en el sentido clásico del esquema realista, las figuras del Camañiñi y de Endeiza tienen mayor peso en la hilatura de los episodios. Elías, El Perpetuo, El Chino, El Lince, el Garrapata, explorados con mayor o menor intensidad como personajes, también sostienen el ritmo del relato. Los primeros seis capítulos están referidos a eventos como la enfermedad, la tentativa de fuga, la delación, el castigo, el miedo. La serie se cierra con la muerte de El Chute, amigo entrañable de El Camañiñi. El séptimo capítulo marca una inflexión en el relato. Aparece «El Perpetuo», la figura del idiota homosexual. La violación de la que es víctima inaugura una segunda serie temática. Esta vez desfilarán la traición, la zoofilia, la venganza, el abandono. El capítulo XII, registra el episodio de la creación del Conjunto teatral de la Isla de Más Afuera, y el posterior baile con que se clausura aquella noche de contornos espermáticos.

El relato termina al igual que cualquier día en la Isla de Más Afuera. Con tonos grises y signos que parecieran poder registrar, pero no horadar los enigmas del destino y la condición

humana: *«Y es que había, sin duda, algo espeso y fatal, una sombra de sueño, donde los hechos que se sucedían iban adquiriendo una significación extraña y recóndita sin alterar, por eso, el curso exterior de la monótona existencia isleña.»* (p.106).

La crítica de la época, elogió unánimemente la talentosa factura estilística del relato, aunque alguno señaló que echaba de menos la «historia» y algún protagonista bien destacado. Alone, ya instalado como figura canónica de la crítica literaria chilena, alabó la novela calificándola de «rara joya de valor permanente [que] debe contarse entre el pequeño número de libros nacionales dignos de sobrevivir».

Darío Osses, en el excelente prólogo que escribe para presentar el libro, hace mención a otro tipo de crítica que suscitó la producción literaria de González Rojas: «Hay un rasgo de Eugenio González que aparece más claramente en su literatura que en las otras facetas de su vida. Esta es su visión desencantada del mundo y de la naturaleza humana, y su actitud escéptica frente a las posibilidades de progreso de la historia. Ambos desencantos se resuelven en el pesimismo, la abulia o la angustia en que viven muchos de sus personajes» (p.8). Más allá de lo discutible que resulte el punto de vista, la observación merece ser recogida, pues obliga a detenerse en la figura del personaje González Rojas.

Como pocos para su tiempo, Eugenio González parecía asumir que en el mundo de la política existen tres posiciones. Las dos más habituales y conocidas son las del *protagonista* y la del *antagonista*. De acuerdo a las reglas del juego, estas se pueden ocupar alternativamente. La tercera que no anula las dos anteriores- pero que marca un diferencial en el mundo del poder- es la del *agonista*. Esta es sólo accesible a unos pocos y es requisito para acceder a la categoría de hombre o mujer de Estado, o lo que es más raro aún, hombre o mujer de la Historia. A mi juicio, Eugenio González fue uno de estos hombres y es instalado en la posición del agonista que escribe *Más Afuera*. Sólo así, supongo, se puede entender la lucidez del trabajo escritural y su capacidad para poner en comuni-

cación los mundos de donde él proviene y los que allí encuentra. Recuerdo a este propósito, la última frase de Eugenio González cuando asume la rectoría de la Universidad de Chile y solicita la colaboración de todos, a pesar de la diversidad de las posiciones que se han expresado durante el proceso eleccionario. El lo cree posible. Su argumento es simple: «confío en la voluntad buena de todos ustedes». Probablemente, aquello que indagó González Rojas en su trabajo novelístico, no fue la inmensidad del horror, sino esta otra dimensión que hace posible que las grandes empresas de lo humano puedan ser emprendidas. La creencia en aquella macabra entidad conocida como progreso, es algo que puede venir por añadidura. Es sólo cuestión de ideología.

